

OCURRIRIO EN EL

Rodolfo

Es notorio que las implicaciones industriales, económicas, hacen posible al cine a la vez que condicionan sus funciones expresivas como arte. El cine es un arte sumamente particular por cuanto es en sí mismo una compleja maquinaria industrial. No hace cine una sola persona. Requiere el concurso de un gran equipo humano y requiere, sobre todo, mucho dinero. En este sentido, el aspecto industrial impone al cine condiciones que no conocen otras artes o manifestaciones artísticas. De igual modo, el carácter industrial implica asimismo la necesidad de una producción ininterrumpida, constante, elaborada de acuerdo a determinadas pautas o cánones.

Para 1964, pongamos por caso, la producción anual mundial podía estimarse en cerca de 3.200 films, una cifra superada hoy por el nacimiento de nuevas cinematografías nacionales en Africa, Asia y América Latina: el cine brasileño, el cine cubano, del que pudieron los espectadores venezolanos admirar y conocer una excelente muestra. La mayor parte de esta producción mundial, aproximadamente un 90%, goza del favor de productores, distribuidores y exhibidores por cuanto comporta un marcado y señalado carácter de espectáculo. Se trata, en suma, de películas para divertir. Nunca como hoy el gusto por el dinero había acusado tanto al cine. El negocio del cine o el cine como negocio, como entretenimiento masivo. A esta particular apatencia por el dinero debe agregarse el hecho o circunstancia de que el cine es, de todas las artes, el que posee la virtud de convertirse en hábito, de ofrecer por medios audiovisuales un espectáculo capaz de tocar a los grandes públicos. De allí que el carácter industrial priva generalmente sobre la calidad artística del cine y prefiera suministrar a los grandes públicos obras llanamente anecdóticas, ajenas muchas veces al rigor formal, a la experimentación estética.

Una encarnizada lucha entre intereses financieros y proyecciones artísticas se ha venido sosteniendo desde los inicios mismos del cine. En tan agónico debate, y en razón de sus orientaciones económicas y apoyados en los estudios realizados por los psicólogos sociales, los capitanes de la industria cinematográfica se han empeñado en liquidar al cine como lenguaje expresivo de los más difíciles problemas del hombre. Lejos de perfeccionar un producto capaz de provocar en el espectador dudas, conflictos o motivaciones, tratan, por el contrario, de agrardarlo, de seducirlo, de divertirlo.

Es obvio que los realizadores buscan adecuar al cine a los nuevos hechos y situaciones que van componiendo un determinado proceso social; es evidente que las situaciones mismas por el impacto y fuerza de sus propios contenidos son capaces de impulsar a los empresarios a asumir con mayor responsabilidad los nuevos planteamientos que surgen de nuestra compleja, rica y contradictoria realidad.

ACARTONADO EROTISMO

Desde los tiempos iniciales del cine, el sexo, la exaltación erótica, ha ocupado la atención de productores y realizadores. El atractivo erótico se ha instalado hoy en sitio de preferencia. 1970 en poco se apartó de parecidas producciones de los años anteriores. A fuerza de repetir y mistificar al erotismo, el cine ha creado una odiosa estereotipia, un acartonado impulso, una triste y siempre vulgar zona de relaciones humanas que sólo en contadísimas ocasiones ha sa-

bido dignificar al hombre y al sexo dentro de una relación realmente hermosa, liberadora.

El sexo, la situación erótica, el obligado desnudo, son elementos fundamentales de toda producción cinematográfica, sea ésta comercial o no. Esta avasallante presencia del erotismo se explica ciertamente por la liberalización cada vez más franca de las costumbres, la caída aparatosa de determinados tabúes y convenciones morales válidas dentro de una sociedad agraria y semi-industrial, pero que son superadas ampliamente por el desarrollo tecnológico y económico que el mundo ha conquistado durante la década del 60 y que habrá de desarrollar incesantemente en los años venideros.

Otro elemento fundamental dentro del cine en 1970 y que surge como constante en la producción del cine mundial ha sido la violencia física. Sadismo, crueldad, discriminación social y racial, profunda intolerancia y crimen son, en todo caso, componentes de nuestra propia y particular realidad. Ellos están presentes en nuestros días, se han instalado cíegramente en el corazón de las gentes. El cine recoge, confusa y a veces irresponsablemente, este aspecto de violencia y de dura conducta del hombre, transformándolo en motivo de atracción, de encanto, de contradictoria y extraordinaria posibilidad para la catarsis y la evasión.

El film policial, con toda su secuela de torturas, persecuciones y diversas posibilidades de crueldad y sadismo; el film de guerra, presuntamente heroico aunque disfrazador de un refinado sadismo, o el film vaquero o western —dentro de sus truculentas desviaciones europeas: films en los que importa destacar y lucir la masacre, la sangre a borbotones y el disparo del fusil y la caída aparatosa de los pieles rojas— fueron elementos permanentes dentro de las orientaciones cinematográficas impuestas por la industria del cine. Para el espectador más o menos avisado, ninguna de estas películas orientadas dentro de tan simple esquema de propósitos pudo evitar el producirle una ligera sospecha: "Esta película ¿no la he visto ya en otra parte?", tal es de reiterado, repetido y de poca imaginación el asunto o la anécdota de estos films.

WOODSTOCK: UNA GENERACION POP

Creemos haber afirmado en diversas ocasiones que acaso el acontecimiento más singular ocurrido no sólo en el cine, sino en todo otro orden de relaciones, haya sido la reunión juvenil de Woodstock, pequeña aldea del Estado de Nueva York, donde se congregaron más de 400.000 jóvenes para participar en un festival de música pop. Woodstock inicia lo que muchos sociólogos norteamericanos no han vacilado en considerar una verdadera revolución que toca y trastoca muchos de los valores sociales y culturales de nuestra sociedad.

La presencia de los jóvenes en Woodstock provocó no solamente los obligados análisis sociológicos, psicológicos, económicos, sino que permitió al cine revelar por primera vez y con cierta justeza de términos las aspiraciones y el mundo de valores de la juventud de 1970.

Aguijoneado y atenazado por el dinero, el cine descubrió también en esta avasallante, fresca, espontánea y difícil y confusa presencia de los jóvenes una posibilidad de ganar dinero a manos llenas. Un joven llamado Peter Fonda desconcertó y llenó de estupor a todos los magnates del cine con el éxito de un film muy barato, pero que produjo millones de dólares: *Easy Rider*, en torno a un cierto esquema

El Dr. RODOLFO IZAGUIRRE es director de la Cinemateca Nacional.

CINE DURANTE 1970

Izaguirre

argumental bastante simple (el viaje en motocicleta de dos jóvenes que recorren el país), pero que permitía revelar algunas proposiciones y confrontamientos de estos jóvenes "hippies" con relación a la sociedad. El éxito de esta película convenció definitivamente a los magnates a abandonar algunos de los grandes temas sagrados del cine, argumentos vencidos, de cine espectacular vacío y poco trascendente, para iniciar un nuevo género cinematográfico: la rebelión de los jóvenes.

BRECHA GENERACIONAL

La rebelión estudiantil, la crisis que confrontan hoy las universidades en el mundo, la fractura de aquella pasiva relación entre la academia y la libertad; el profesor y el alumno o la autoridad y el sujeto, han configurado un cuadro de choques generacionales que abarca incluso la denuncia del sistema y la ominosa tutela de nuestra sociedad de consumo. La imagen de los jóvenes sobre trepidantes motocicletas o en actitud pasiva, pero siempre entre pitos de marihuana y pastillas estimulantes, se ha hecho familiar en el cine de 1970. Los jóvenes cruzan de un lado a otro el inmenso país desconocido y feroz, buscando en el viaje, en la desesperada huida y en el desamparo una respuesta que el país no sabe dar. Lo que el cine tampoco ha sabido dar, hasta el presente, es la verdadera dimensión humana, cultural, social, que esta presencia juvenil posee. Porque sin duda la aspiración de los jóvenes por acceder a formas mucho más vivas y activas de relación social es un impulso que va más allá de la simple confrontación académica y presupone más bien la búsqueda desesperada, anárquica a veces, de una modificación de las estructuras económicas con toda la larga secuela de dependencia, alienación, subdesarrollo y marginalismo que ellas comportan.

El cine encuentra en el 70 un nuevo filón, una nueva gallina de los huevos de oro: encuentra a los jóvenes alineados contra el sistema, impugnadores y contestatarios. Ya no se trata de aquellos grupos o pandillas de muchachos motorizados que comandó en su época Marlon Brando cuando capitaneaba a los zagaletos de *El salvaje*, de Lazlo Benedek. Se trata ahora de algo mucho más coherente sólido y menos anarquizante. Se trata de la rebelión juvenil no sólo contra las estructuras académicas, sino contra la sociedad misma. Contra la guerra; contra la pasividad y el conformismo. Pero el cine cautelosamente trata de desvirtuar el sentido de la protesta y de minimizar la actitud juvenil limitándola al problema estudiantil o a la presunción de la adolescencia tempestuosa y bellamente ciega.

Pero queda dentro del balance de lo ocurrido en el cine durante el año 1970, como acontecimiento novedoso, esta presencia de los jóvenes protestatarios con su carga de marihuana y sus estridentes canciones reunidos en Woodstock y entregados a la música pop.

EL CINE NUEVO, EL TERCER CINE O CINE DEL TERCER MUNDO

Un género que logró renovarse fue el de la guerra. Aparte de varios films tradicionales, hundidos dentro del marasmo de un esquema repetido hasta la saciedad, el cine de 1970 dio al espectador algunos testimonios muy válidos sobre la guerra de Vietnam. Una nueva dimensión acusatoria comienza a perfilarse dentro del cine (incluso dentro del cine co-

mercial) cada vez que se plantea el asunto Vietnam. Son numerosos los films que ha originado el conflicto asiático: obras que van desde el documental y la abierta requisitoria hasta el largometraje apoyado en documentos vivos y el film panfletario o, como *Boinas verdes*, abiertamente justificador.

Un cine político comienza a abrirse campo dentro de los esquemas del cine comercial. El film "Z", de Costa Gavras, puede ser elocuente ejemplo de esta nueva perspectiva. El carácter político de los mensajes cinematográficos está referido a la aparición de un nuevo cine polémico, contestatario, denunciador del sistema, que busca reflejar la contradictoria realidad social de los países considerados en vía de desarrollo; países subdesarrollados o alineados en lo que se conoce como el Tercer Mundo.

El crecimiento de varias cinematografías africanas y latinoamericanas, fundamentalmente Brasil y Cuba, ha permitido al Tercer Cine explorar y dar a conocer los trabajos de varios cineastas formados dentro de este criterio político. El Festival o Muestra de Cine Cubano fue, en este sentido, suficiente para valorar la altísima calidad formal y temática de las películas seleccionadas. De igual modo, la Cinemateca Nacional ha podido en varias oportunidades dar a conocer obras de la cinematografía brasilera y varios films de los jóvenes cineastas de Uruguay y Argentina incorporados a este nuevo cine.

EL CINE DE AUTOR

Dentro del cúmulo de films mediocres, parejos, de puro entretenimiento, el espectador de 1970 tuvo también la ocasión de encontrarse con obras aisladas, magistrales, que responden al trabajo de creación de algunos autores. Fellini, por ejemplo, se aventuró por el universo de Petronio y logró extraer de aquella desconcertante y realista visión del antiguo romano que es el *Satiricón* una visión que bien pudiéramos considerar alusiva a nuestra propia sociedad decadente y ominosa. Antonioni se hizo presente durante el año con su *Zabriskie Point*, en torno precisamente a la juventud norteamericana. Ingmar Bergman reiteró con *La vergüenza* el tema de la imposibilidad de la pareja, el aislamiento y la muerte, elementos claves de su cerrado universo. Luis Buñuel, con *Tristana*, supo captar, con todo el corrosivo humor que le conocemos, la imagen de la España provinciana de los años 20...

Escapan, sin duda alguna, muchos nombres, numerosos títulos. Dentro del balance es difícil captar todos los films que de una u otra manera plantearon o soslayaron determinados temas; que escamotearon o no tal o cual problema. Lo que importa destacar en esta breve nota o recuento es no tanto la relación pormenorizada de films exhibidos durante el año 70, sino tratar de vislumbrar cuáles fueron, a grandes rasgos, los mayores acontecimientos ocurridos dentro del proceso mismo del cine.

Nuevos hechos, nuevos temas, nuevas tendencias, buscarán perfilarse ahora que iniciamos la década del 70. Los jóvenes ocuparán la atención del cine durante muchos años. El compromiso ideológico tratará de ganarse un sitio dentro de la producción general y comercial. Y, como pilares de una industria que revela mejor que ninguna otra las huellas de un pecado original que es el gusto por el dinero, quedarán para siempre el sexo y la violencia como elementos fundamentales del gran espectáculo.